

Visión del árbol

No se veía el bosque. Ni la palabra se sabía. Se miraba el restojo; el monte; la montaña. Eran habitación, presencia, el espacio interrumpido del aire o del vacío, lleno, ocupado, envidado por hojas, ramas, troncos y el contacto natural e invisible con la hojarasca parda, el suelo y la tierra. Veía, el niño, mucho, todavía veía el chilco, el manteco, el bodoquero, el balso, el jiquimillo, el cuchillullo, el balsero, el mondey, el cedro, el laurel. Veía el laurel en la montaña callada; si acaso arriba el silbo, un tono de murmullo y de secreto. Ramas. Hojas. Viento. El laurel esperaba en silencio, sin siquiera algarabía, sostenerle alguna mitología al muchacho. El muchacho lo escuchaba abajo, desde la tierra; ignorante; sin saber que ese árbol, desde antes de los griegos, había andado tantos sitios con la carga feliz de una mitología.

Iba el muchacho entre los días a los trabajos bajo el sol; bajo las nubes y el agua; bajo el cielo. Entonces entraba bajo el árbol. Ese universo también infinito pero con límites, así fueran ficticios. Acá como que podía perderse y encontrarse y perderse más. Y tuvo machetes y hachas y las hundió entre los árboles. En el cuero tieso. Y adentro; en la madera. Y los partió; los rajó. Llamó a la candela; al fuego; al calor. Y cocinó la sopa y la comió. Y no solo probó el pan.

¿Puede concebirse como extraño que esta convivencia no le hubiera permitido penetrar la superficie superficial de las cortezas. Los tejidos que labran



los años en el palito que crece y se convierte en árbol? Esos, de maravilla. Ni el más conspicuo diseñador ni diseño, alcanzaron al muchacho. También están en fotos, desde antes; se puede decir, desde el principio. Era más conspicuo el tejido en la corteza, imposible a la mano y al diseñador invisible.

No hay foto suficientemente buena si el fotógrafo no se ha acercado lo suficiente. ¿Fue Robert Capa el dueño del descubrimiento? El acerto se llena de peligros si el fotógrafo, como Capa, es de guerra. De peligros y dificultades, también si de animales, no como tigres propiamente. Moscas, mariposas, sapos. El vuelo, la leche mala del sapo atarbán. Cuándo. A qué hora. Con regularidad puede volverse inolvidable, precisamente, el sapo, la bomba ha explotado en el tiempo; el anterior al único disparo que debiera ser posible. El de la cámara.

Tomar el corazón del árbol, la corteza, los diseños imposibles y reales; lo más natural, ellos plantean dificultades de otro color que el hombre no sabe del todo, si los ha podido resolver; ni cómo, porque el árbol no se va. Pero el sol, el día, la leche, la mañana, la luz. A qué horas, cómo la luz, qué clase cae de este lado del árbol. ¿Cualquiera sabe que un árbol cambia de corteza a cada vuelta, a cada altura del tronco aunque la corteza, es un supuesto, permanezca? Se trata de ir disparándole y llenando cámara con cáscaras de palo; ¿cómo se fotografía la superficie del árbol, que es redondo en superficie plana y más o menos con los ojos que abandonan el foco, con qué facilidad, en los extremos?

El hombre, labrados adentro, en los ojos, los tejidos de los años, se asoma y deja, no sabe si abismado, estas formas y existencias del figurativismo que tal vez el acercamiento ayude a ser más puro. O más ramplón.

Casablanca 32. 26. 10. 2015.

JOAQUÍN PEÑA GUTIÉRREZ

Nota: las versiones en color del trabajo fotográfico presentado en esta sección se pueden ver en la edición electrónica de *Hojas Universitarias*, en <http://www.ucentral.edu.co/editorial/acceso-abierto>.























